

MARIANELA PRESAS

COSAS QUE PASAN



Una historia de *Pedacitos* y otros relatos inquietantes

Cosas que pasan es un relato perteneciente a la obra *Pedacitos*.

Autora: Marianela Presas Torres

Editorial: Ediciones La Gata con Gafas

Imagen de portada: Marianela Presas Torres

Atrévete a explorar el universo transmedia de *Cosas que pasan* escaneando este QR:



Cosas que pasan

Aún no conseguimos acostumbrarnos a este silencio que envuelve la casa. «Debemos ser fuertes», murmura mi hermano Octavio, pero resulta doloroso llegar y no hallar preparada la comida caliente. Lo que más nos llena de tristeza es la sensación de vacío que nos envuelve, como si con ella se hubieran esfumado la cocina, el horno, la nevera. Anoche, cuando los platos humeantes llegaron a la mesa, Octavio y yo soplamos el estofado con la esperanza de recobrar la rutina, tratando en vano de enfriarlo. Este gesto tan simple, tan cotidiano, ella lo realizaba como nadie: apartar los peligros para hacernos la vida más fácil.

Mientras recogíamos los restos de la cena, Octavio me contó que había empezado a escuchar voces en el sótano. Me quedé mirándolo sorprendido con la botella de vino en la mano.

—Menos mal —me aclaró, mientras retiraba las migajas de pan que habían caído sobre la mesa—, así no me siento tan solo.

Los últimos días habían sido una verdadera agonía para nosotros. La llamada inicial, el viaje al Instituto de Ciencias Forenses, todo se sentía como una preparación para afrontar lo inevitable. A pesar de nuestros

intentos de aferrarnos a la realidad, un hilo de esperanza se retorció en nuestro interior. Sin embargo, al cruzar la puerta de la habitación, nuestra madre yacía quieta sobre la mesa. Octavio se quedó sin palabras al ver su cuerpo. A primera vista, parecía una mujer frágil, con su pequeña figura y el rostro adornado por pecas como un vestigio de su lejana niñez, pero en realidad, en el fondo, ella nunca había sido una madre delicada, al contrario, sus palabras solían ser como finas agujas, casi invisibles pero punzantes, capaces de atravesar la piel y herirnos, sobre todo, a él.

Recién ahora nos atrevimos a entrar en el cuarto de costura. Octavio se detuvo en el pasillo, justo en el umbral de la puerta, como si el espacio entre nosotros y las cosas de mamá se hubiera convertido en un abismo. El cuarto estaba meticulosamente ordenado; una enorme mesa de trabajo albergaba sus telas, los hilos de seda y agujas de todos los tamaños. Aún se podía escuchar, como en un sueño, el constante zumbido de la máquina de coser, que sobrevolaba la habitación como un enjambre de abejas laboriosas que se afanaban en su tarea.

—Creo que voy a coser a mamá —dijo Octavio con un dejo de excitación en su voz.

De repente, el sonido metálico de la aguja atravesando la tela se desvaneció como si se hubiera detenido el tiempo.

—¿Cosar a mamá? —repetí. Lo miré fijamente.

Entonces, Octavio dio un paso y entró enseguida en la habitación; comenzó a rebuscar entre los rollos de encaje, las afiladas tijeras.

—Por lo menos, de esa forma tendré quien pueda abrazarme por las noches.

Tras dar la última puntada, Octavio se volvió hacia mí, su rostro se iluminó con una sonrisa de satisfac-

ción. Con torpeza, cortó el hilo restante con los dientes, bajó la vista y acarició la obra que acababa de terminar. Mamá tenía una apariencia peculiar. Sus brazos eran notoriamente largos, cosidos sin demasiada destreza, como si se tratara de un calcetín mal remendado. Las piernas también eran largas y, en la zona de la entrepierna, no había ningún detalle. No poseía boca ni nariz, solo dos botones negros que cumplían la función de ojos.

—Me da escalofríos; la muñeca me recuerda a algo oscuro y secreto que tenía mamá —murmuré.

—¿Y tú qué guardas? —preguntó Octavio con enfado en la voz.

—Yo no oculto nada. ¿Y tú? ¿A qué viene esta cosa con retazos de tela, a estas alturas? —le respondí.

—Sé lo que estás pensando; que debería ser un hombre valiente. Pero yo... —suspiró, apartando la mirada de la muñeca—. No poseo esa clase de valentía en mis huesos.

De un zarpazo, la casa se oscureció y sentimos las primeras gotas que golpeaban en el techo. Encendí la luz y me acerqué hasta la ventana de la cocina. La lluvia caía torrencialmente y estaba formando enormes charcos de agua en el patio; el olor a tierra mojada impregnaba el aire. Octavio asomó la cabeza de mamá por la puerta de la cocina y, con una gran sonrisa, me susurró:

—¿Hacemos una tarta de manzana?

Le respondí que, si mamá lo hubiera oído, no le habría gustado; ella odiaba las manzanas. Pero Octavio ya estaba formando una montaña de harina y, con el dedo, dibujaba un pequeño cráter en el centro. Formó una masa, que hizo volar por encima de su cabeza, y la estrelló contra la encimera provocando un enorme alboroto. Con cada embestida, hundía sus nudillos en la masa mientras soltaba un bufido. Entonces, mamá regresó de

a poco como si hubiera vuelto de un largo viaje. Estaba sentada sobre la encimera, balanceando sus larguísimas piernas. No alcanzaba a vernos bien, ya que el polvo de la harina se posaba en los pequeños botones negros que eran sus ojos. De repente, su voz de tela cálida y reconfortante rompió el silencio:

—Recordaba cuando eras solo un bebé —dijo, volviendo la cabeza hacia Octavio—; solía arroparte en una mantita beis que había tejido durante el embarazo. Eras un niño adorable, aunque después no sé qué te sucedió, Octavio.

—Y a ti, ¿qué crees que te sucedió? ¿De verdad crees que has sido una buena madre?—pregunté.

Ella se quedó en silencio; me miró con sus ojos inexpresivos mientras pellizcaba la masa y formaba bollitos que colocaba torpemente sobre un trapo. Los aplastaba y luego los estiraba una y otra vez como si intentara dar una respuesta con el movimiento de sus manos.

—No sé; tenía mi temperamento. Era pura efusividad. Ahora sé que tendría que haber gritado menos y haberles dado más. —Reflexionó mientras perforaba la masa, dejándole una cicatriz redonda por la que se veían las vetas del mármol de la encimera.

Cuando cayó la noche, Octavio me preguntó si mamá podía quedarse y no pude negarle ese deseo. Después de todo, yo también quería aprovechar ese encuentro. Mientras lavaba los platos en la cocina, los oía conversar en el sofá de la sala. Su charla fluía de una forma tan natural... como si no tuvieran que hacer ningún esfuerzo para hablarse. Finalmente, me uní a ellos, sentándome cerca de los largos brazos de mi madre. Para romper el silencio, mencioné que estaba cansada de la lluvia.

—No digas eso; cuando era pequeña, la lluvia me hacía feliz.

Hacía mucho tiempo que ella no hablaba de esa manera, como desnudándose. Le pedí que me contara algo más sobre su infancia, pero sacudiendo la cabeza de tela, dijo:

—No hay nada que contar.

Nos acostamos temprano, pero, en mitad de la noche, me desperté. Era incapaz de conciliar el sueño, sus palabras resonaban en mi mente. La casa estaba en silencio, la lluvia había parado; a través de la ventana pude observar cómo las nubes grises se retiraban revelando un cielo estrellado. Atravesé el salón despacio, con las manos explorando el aire para evitar tropezar con los muebles en la oscuridad. Me detuve en el pasillo, frente al cuarto de costura, y pude distinguir su silueta entre las cajas apiladas en el suelo.

Con pasos lentos, me acerqué a la mesa de trabajo donde la lámpara iluminaba, brillante, las manos de Octavio. Sentada a su lado, mi madre supervisaba cada uno de sus movimientos con atención meticulosa, como si le fuera la vida en ese acto. En ese momento, su voz resonó en la habitación:

—¿Por qué te empeñas en complicarte la vida de esta manera, Octavio? —Le reprendió y luego soltó un suspiro cargado de enfado.

Sus palabras se quedaron flotando en el aire y, con gestos bruscos, le arrancó la muñeca de las manos y le enseñó a Octavio, a sus cuarenta y cinco años, cómo debía coser a una madre adecuadamente.

—Mira, de esta manera —le explicó con impaciencia—. De arriba a abajo, con firmeza en cada puntada, así, para poder atravesar la tela resistente.

Octavio, siempre deseoso de complacer a mi madre, se quedó mirándola y asintió con una sonrisa que parecía más una mueca de dolor. En ese instante, con cada

puntada, la atmósfera en el cuarto de costura se volvió más densa y la lámpara, que antes arrojaba luz sobre la mesa, dejó al descubierto las diferencias que existían entre los dos.